

RELATOS DE ESTÍO

ROBERTO Velasco Berrotabeña (Bilbao, 1940) es catedrático de Economía Aplicada en la Universidad del País Vasco. Autor de numerosos libros y trabajos sobre economía industrial y regional.

Carta a un especulador arrepentido

ROBERTO VELASCO

ADMIRADO maestro: desconozco si en el limbo al que van los economistas geniales hay servicio de Correos o si, por el contrario, están pagando las consecuencias de haber decidido discutir previamente en asamblea su carácter público o privado. Recorro por ello a la carta abierta, uno de sus géneros preferidos, para hacerle llegar mis impresiones de fiel seguidor sobre algunos asuntos relacionados con su herencia académica y vital.

Le supongo enterado, milord, de que el tándem Clinton-Delors intenta resucitar el cadáver de sus ideas o así, aparentemente convencidos de que la construcción de infraestructuras asegura el crecimiento económico y la creación de empleo en Europa y EEUU. Conociendo por sus escritos la opinión que le merecieron en vida los políticos compatriotas de ambos, comprendo los recelos con que habrá examinado sus programas.

Pero, créame, sir John: duele más aún que presenten sus propuestas como el último grito en recetas anticrisis, cuando ya milord dejó escrito que "todas las ideas originales en economía son deudoras de algún economista difunto".

Pero la cosa no para aquí, porque algunos observadores le auguran éxito a la iniciativa en base a la circunstancia de que sólo la mitad del equipo económico de Clinton ha cursado estudios de economía. Y uno no sabe si este pronóstico procede de recordar que nunca milord se tituló en economía, lo cual no le impidió enseñar y revolucionar la disciplina, o si se trata de desprestigiar a la profesión toda, negando públicamente nuestra sospecha de que los economistas somos los mejores conductores de la economía. Por momentos he llegado a tener ambas opiniones a la vez sobre este asunto, lo mismo que machaconamente le atribuía a milord el malicioso de sir Winston Churchill, de quien sigo sin explicarme por qué se decía que era la mejor cabeza de Europa (después de la de Zarra, se añadía en Bilbao).

Ahora bien: dígame lo que se diga, cuánto mejor es la situación actual, con estos pseudo-keynesianos en el poder. Porque no sabe, sir John, el terrible ataque que el papel del Estado como impulsor de la demanda sufrió en la era neoliberal patrocinada por otra pareja, esta sí que de cuidado, la formada por Thatcher-Reagan, en años anteriores. Las cosas se pusieron fatal y por instantes creí que, para desprestigiar su doctrina, airearían su homosexualidad, sus predicas antirreligiosas o su objeción de conciencia durante la primera gran guerra. La verdad es que estas cosas se han puesto últimamente de moda y ello ha podido retraerles, pero tampoco se han conformado con dar más de diez premios Nobel a las huestes monetaristas de Chicago, dignos herederos de la conciencia fiscal de Al Capone.

¡Hasta Galbraith, con las buenas cosas que apuntaba, ha escrito que Adolf Hitler fue prekeynesiano! Y digo yo: ¿qué otra cosa que la calumnia se puede pretender intentando relacionar al monstruo del siglo con una persona tan delicada, culta, elitista y miembro del exquisito Círculo de Bloomsbury como milord? Reconozca que aún no le han perdonado el certero golpe moral que su *Teoría general* asestó a la doctrina clásica sobre la deman-

da y el empleo. Y admita también que están lejos de asumir que en el mundo científico el tiempo acaba convirtiéndolo todo en antigüalla. ¡Pero si tanto Marx como milord son ya dos clásicos!

Por cierto, sir John, espero que su vanidad (eso que Max Weber llamó "enfermedad profesional" de académicos y científicos) no se haya resentido en exceso del lógico ocaso de algunos de sus postulados. Para su consuelo le diré que aún se escucha mucho eso de "como dijo Keynes...", o bien "¿qué diría hoy Keynes?"; y que son minoría despreciable quienes siguen preguntándose qué puñetas quiso decir realmente milord o tienen la desvergüenza de calificar de oscura su brillante prosa. Otros esclavos del bonito juego del cuadro macroeconómico van incluso más allá y afirman, con ignorante atrevimiento, que la espiral imparable del gasto público sería la primera consecuen-

cia de desamortajar lo mejor de su doctrina.

Me gustaría hablarle de muchas más cosas, sir John, como del colapso del comunismo real y su aburrida dialéctica; del arraigo del cortoplacismo entre los políticos ("a largo plazo, todos muertos", dijo milord, aunque, ¿se acuerda?, también ejerció su derecho a contradecirse y mantuvo la postura contraria); o del consuelo que hace unos años me produjo leer en su mejor biografía, la de mi tocayo R. Skidelsky, aquello de "trabo para un Gobierno que desprecie y persiga objeti-

vos que me parecen criminales". ¡Magnífico, sir! Sin embargo, motivos de espacio frenan los ímpetus epistolares y me limitaré a un tema de gran actualidad aquí, en la España que milord conoció.

No sabe, por ejemplo, el lío que se ha organizado con la especulación y otros subproductos menos confesables. Hace 75 años escribió milord en *Las consecuencias económicas de la paz*, probablemente su mejor libro, que "los gobiernos de Europa (...) tratan de dirigir contra la clase conocida como especuladores la indignación popular que es consecuencia obvia de sus viciosos procedimientos"; para añadir que los especuladores son una consecuencia y no una causa de los precios altos y que en un período de rápida elevación de precios "no pueden por menos que enriquecerse con rapidez, lo quieran o no".

Tampoco es eso, sir John, pero comprendo que no podía decir otra cosa quien durante un tiempo fue contumaz especulador y empezó a interesarse por la teoría económica porque le seducía la idea de "crear un banco o, por lo menos, estafar al público que invierte". Créame si le digo, milord, que en esto último no le faltan seguidores en la vieja piel de toro. Y que más de uno, y de dos, ha descubierto, sin siquiera leer a Glucksmann, que la estupidez es un patrimonio cultural colectivo. Ya sé, no insista milord, que especular es una actividad honesta y hasta encomiable en una economía de mercado y que sus éxitos en este campo no tuvieron el engaño, sino la perspicacia, como base; y además era hora de que un economista ganara dinero

en Bolsa. Pero recuerde las veces que estuvo a punto de arruinarse y de arruinar a otros que se fiaron de su intuición poco profesional. Le digo esto pese a que en su día disfrutó leyendo que, después de analizar varios estudios sobre la probabilidad bursátil elaborados por agentes de bolsa, escribió a su padre para decirle: "El tratamiento más profundo que he encontrado hasta ahora es el del dueño de una ferretería".

La verdad es que los especuladores desaprensivos viven ahora y periódicamente momentos de desprestigio social, pero me temo que si el dinero acumulado no les da la felicidad a todos ellos, al menos les aplaca los nervios a bastantes. Por eso le aseguro que a la gente no le da pena, sino rabia, ver a unos cuantos personajes hundidos en la riqueza porque barruntan, y la historia reciente les da la razón, que volverán a la superficie a la primera de cambio y con redoblado ánimo.

Por todo ello me gustaría que los economistas evitaran en lo posible las emociones del casino, y creo, como milord, que "si consiguieran ganarse la reputación de gente modesta y competente, a la altura de los dentistas, sería espléndido". En su caso, mucho he celebrado que triunfara el genio especulativo de la economía teórica y abjurara, como lo hizo en los *Escritos de persuasión*, de su etapa especuladora. De todos modos, tampoco creo que la divulgación de su actitud ponga de moda la figura del especulador arrepentido.

